



EL ILMO. SR. DR. D. FRAY.
GONZALO DE HERMOSILLO
 Y RODRIGUEZ,
 PRIMER OBISPO DE DURANGO.

Voy á transmitir lo que acerca de este Prelado dejó inédito el Sr. Dr. Eguiara para su Biblioteca Mexicana, que debido al Sr. D. José María de Agreda y Sánchez, poseedor de este precioso Ms., hace algun tiempo me permitió copiar. En gracia de los lectores que no conocen el idioma latino en que fué escrito, ha sido traducido al castellano por persona competente y que heme permitido ampliar.

“Nació en la ciudad de México.”

A este Obispo unos le llaman Hermosillo y otros Hermosilla. ¿Quiénes tienen razon? Los primeros, Grijalva, Pérez de Rivas, Echeverría, Basalenque, Elssio, Herrera en su Alfabeto Agustiniiano 1638, Medina, Arleguá, Salguero y Plaza, por ser escritores de su siglo; toda duda se quita con la firma original que se encuentra en los libros de nuestra antigua Universidad, existentes hoy en la Biblioteca Nacional.

He registrado los archivos de nuestras primeras parroquias en busca de la partida de bautismo; ha sido envano, solo hallé una del 8 de Julio de 1571, que dice haberse bautizado á Juan, hijo de Juan González Hermosillo y de Ana Rodríguez. Como despues se verá, estos fueron los padres del Ilmo. Sr.; pero al no llamarle Gonzalo me indica que este bautizado fué un hermano suyo. La falta de la constancia de su bautismo tiene esta explicacion. Era costumbre que se administra este sacramento en las iglesias regulares, de donde se enviaba ó no á la parroquia respectiva la dicha partida; por igual causa tampoco se ha hallado la de nuestro glorioso protomartir S. Felipe, y aunque se pretende que debido á una inundacion se perdieron los libros parroquiales de la Catedral, no puede valer semejante supuesto, pues precisamente existe integro el Libro de Bautismos del año de 1575 en que nació nuestro santo.

Todos los autores dicen que el Sr. Hermosillo nació en México; Gil González añade que sus padres fueron D. Juan González de Hermosilla y Doña Ana Rodríguez, ignoro donde lo supo. En el siglo pasado el Sr. Lorenzana y

Alcedo tambien le llamaron Hermosilla, y aquel al padre de nuestro mitrado le cambió el apellido por Gonzalo. El P. Morfi en su viaje á Nuevo México en 1777, le da por apellido segundo Salazar, como antes había hecho lo mismo el P. Arleguá.

“Profesó la orden de los ermitaños de S. Agustin en la Provincia del Santísimo Nombre de Jesus, “é hizo los solemnes votos en el “convento de México el 22 de Mayo “de 1583.”

En el “Encomiasticon Angustinianum” que hizo el P. Fr. Felipe Elssio, dado á luz en Bruselas el año de 1654, se encuentra una nota pág. 26, escrita por Fr. Diego de Aguiar, cronista de los Agustinos de México, en el breve artículo del Sr. Hermosillo que dice profesó el 22 de Mayo de 1583, en el convento principal de México; enteramente conforme con Eguiara.

Por vía de curiosidad reproduzco la siguiente partida de profesion religiosa de un primo de nuestro Obispo.

“Fr. Juan de Hermosillo, hijo legítimo de Diego Rodríguez de Leon y de Catalina de Hermosillo, su legítima mujer vecinos de México, profesó en 23 de Enero de 1596. En San Agustin de México.”

“Insigne fué por su sabiduría, la “cual comunicó ora á los suyos, ora “á los extraños. En las aulas de su “Religion enseñó la filosofía, y muchos años la teología. En nuestra “Pontificia y Real Universidad Mexicana, se le condecoró con las “fulas doctorales.”

He registrado el expediente, que consta en 18 fojas, para obtener el grado académico de licenciado en Teología que lo consiguió el 21 de Febrero de 1605. Obtuvo la licencia del Ministro General de su Orden Fr. Hipólito Ravenas dada el 2 de Mayo de 1604 en Roma, la cual autorizó el provincial Sosa y el Definitorio de la Provincia, el 16 de Septiembre del mismo año. No me consta que hubiese recibido ni cuando, el grado de doctor, como dice el Sr. Eguiara. D. Cristóbal de Plaza en su Crónica de la Universidad, Ms. que se conserva en la Biblioteca Nacional, escribió en el rectorado del V. P. D. Francisco Loza de 1604 á 1605 esto:

“Bien podemos decir que fué el año de nuestro rector el año fértil, pues vemos que en su tiempo se graduó de bachiller uno de nuestros

ilustres sujetos que mereció llegar á obtener la dignidad de Obispo, siendo el primero que se graduó de bachiller en artes en este felice tiempo y comprueba más nuestro intento, que el primero que en este tiempo recibió el grado de Maestro en la facultad de Teología fué el Ilmo. Sr. D. Fr. Gonzalo de Hermosillo, del orden de Señor San Agustin, primer Obispo que fué de Nueva Vizcaya en Guadiana, de quien trataremos en su lugar, y por que no quede en olvido el dia de la felicidad que tuvo esta Universidad en merecer tan ilustre sujeto fué el 27 de Enero de 1605, le dió el grado el Señor Doctor D. Melchor de la Cadena Maestrescuelas, fué su padrino de ínfulas doctorales D. Francisco Trejo, regidor que fué de esta muy noble y muy leal ciudad de México, sienda decano de la facultad de Teología el P. Pedro de Hortigosa, religioso de la Compañía de Jesus, circunstancia que renovaron las memorias á los interesados en la parte que cabe á las sagradas religiones que merecieron en sus comunidades tan ilustres y prodigiosos sujetos.”

“en ella desempeñó primero la cátedra de Teología escolástica y despues obtuvo en perpetuidad la de “Escritura, que enseña la interpretación de los sagrados libros. Para “desempeñarla con mejor acierto, le “sirvió mucho el conocimiento en los “idiomas hebreo y griego, que poseía “con perfeccion y los que comunicaban tanto á sus oyentes como á sus “compañeros.”

He visto los certificados por donde consta, que cursó Teología y Sagrada Escritura en la Universidad en los años de 1612 y 1613. Plaza en su Crónica citada, lib. III cap. 17 pág. 54, despues de escribir que vacó la cátedra dicha por la promocion de Fr. Diego de Contreras, Agustiniiano, al Arzobispado de Santo Domingo, así continua: “Declarada la vacante, se hicieron oposicion de ella con el rigor que en este tiempo se observaba en las provisiones de cátedras, y se le adjudicó por votos al P. Mtro. Fr. Gonzalo de Hermosillo de dicha orden de Señor San Agustin, de que tomó posesion en cuatro dias del mes de Febrero de 1614 años. Sin embargo de la contradiccion del P. Mtro. Fr. Luis de Cisneros de la orden de Nuestra Señora de la Merced, uno de los opositores que fueron á esta cátedra.”

El R. P. Grijalva que pudo habernos da-

do muchas noticias acerca del Sr. Hermosillo, apenas dice en la pág. 195, cap. 15, Edad. IV en la Historia de su Provincia de N. España, que fué electo Definidor en 1617 á la vez que era catedrático de la Universidad.

Fuó su sucesor en la cátedra el Dr. D. Juan de Arce de la cual tomó posesion hasta el 27 de Octubre de 1625.

Plaza en el año de 1625, cap. 32, lib. III, pág. 121, así se expresa sobre la dejacion que hizo el Sr. Hermosillo de la cátedra.

“La cátedra de propiedad de Sagrada Escritura vacó por presentacion que S. M. se sirvió de hacer del Ilmo. P. Mtro. Fr. Gonzalo de Hermosillo, del órden de Sr. S. Agustin al Obispado de la Nueva Vizcaya que aceptó y como uno de los varones ilustres que ha tenido esta Real Universidad, quedó su retrato en la sala de los actos literarios de ella, en una tarja en que están escritos los puestos y dignidades que ocupó.”

El P. Basalenque aprendió el hebreo y el griego en union del Sr. Hermosillo: “cuando fueron concurrentes en el Colegio de San Pablo de México.” Asi lo dice el P. Salguero, cap. 1^o, lib. VI, en la vida del primero.

“No fué ménos ilustre en la práctica “de las virtudes, por lo que era muy “bien quisto de los grandes persona- “jes que lo elogiaban, uno de ellos “el Ilmo. Sr. D. Juan Pérez de la “Serna, Arzobispo de México, que le “tenía con justicia por uno de los re- “ligiosos más virtuosos y esclarecidos “de su Metrópoli. Gobernó el conven- “to principal de su Provincia, el de “esta capital, y dos veces fué electo “para el empleo de Definidor de su “misma Provincia.”

Además fué Prior del convento de Atlixco, segun se ve en la autorizacion del Definitorio, que antes mencioné.

“El católico Rey Felipe IV le pre- “sentó para Obispo de la Nueva Viz- “caya ó Guadiana, el 27 de Enero de “1620; y fué instituido por Apostóli- “cas Letras el 12 de Octubre del si- “guiente año como primer prelado “de esta Iglesia, segregada ya de la “de Guadalajara.”

Dice el P. Torrubia, Crónica de San Francisco, Parte Novena, Roma 1756, que esta diócesi la erigió Paulo V, muerto el 28 de Enero de 1621, no Gregorio XV como escribió. Diez de la calle y á quien siguió el Sr. Lic. Escudero en sus Noticias Estadísticas de Durango, “de lo cual hay esta nota en los actos consistoriales: Romæ in aula Palatii Quirinalis feria 2^a, die 28 Septembris 1620 fuit Consistorium secretum in quo Smus. Dominus noster, prævia separatione ab Ecclesia de Guadalajara, Novæ Vizcayæ in Indüs Occidentalibus, seu de Durango eandem civitatem in Cathedrali erexit cum reservatione juris patronatus pro regibus Hispaniarum.” El P. Hernaez dice que se erigió el 11 de Octubre de 1620 á instancias de Felipe III. Tengo á la vista el Compendio Indico de bulas y breves apostólicas por el fiscal D. Baltasar de Tobar Ms. del Siglo XVII donde se lee, en efecto, que la fecha de la Bula es el 11 de Octubre.

Lo mismo dicen los Sres. Lorenzana y Ramírez. El Sr. Eguilar y el citado Escudero, atribuyen á Felipe IV lo que fué obra de su padre, quien falleció el 31 de Marzo de 1621.

Una feliz casualidad, me proporciónó hace doce años el que adquiriera el apostólico nombramiento del Sr. Hermosillo, que ha permanecido inédito, dice así:

“Paulo Obispo, siervo de los siervos de Dios. Al amado hijo Gonzalo de Hermosillo, electo de Durango. Salud y Apostólica bendicion. Deseosos de ejecutar con la divina gracia el deber del apostolado que de lo alto se Nos ha confiado, aunque sin méritos, y en virtud del cual presidimos el gobierno de todas las Iglesias, Nos obliga afectuosamente á

ser solícitos y cuidadosos, al tratar de entregar el gobierno de ellas, y que procuremos colocar tales pastores que sepan instruir al pueblo bajo su cargo no solo con la doctrina del Evangelio sino tambien con el ejemplo de las buenas obras, y que quieran y que puedan, con la asistencia del Señor, regir saludablemente y gobernar con felicidad, paz y tranquilidad las dichas Iglesias que se les confien.

“La Iglesia de Durango, en las Indias Occidentales, que por ciertas razones, Nos hemos erigido é instituido con acuerdo de Nuestros Hermanos los Cardenales y con Apostólica Autoridad y hemos reservado el derecho de Patronato y el de presentar á Nuestro carísimo hijo en Cristo, Felipe Rey de las Españas para que presente al Romano Pontífice que gobierna una persona capaz, siempre que ocurra vacante despues de su primera ereccion, conforme á lo que se dice con mayor extension en Nuestras Letras expedidas con este fin.

“Por tanto, Nos deseamos con paternal solicitud y empeño la pronta y acertada provision de dicha Iglesia para que esté libre de los inconvenientes de una larga vacante, despues de haber tratado, deliberado y reflexionado con Nuestros Hermanos los Cardenales, acerca de poner en la citada Iglesia de Durango, un sujeto útil y provechoso. Nos hemos fijado los ojos en tí, religioso profeso de la órden de San Agustin, Maestro en Teología, quincuagenario, hace muchos años sacerdote, hijo de legítimo matrimonio, de padres católicos, predicador insigne de la Divina Palabra, presentado á Nos para este cargo, por el mencionado Rey Felipe por sus cartas con los correspondientes testimonios de honesta vida, de buenas costumbres, de circunspeccion en las cosas temporales, y con otros dones y virtudes. Considerado todo esto, con Apostólica Autoridad y con el consejo de Nuestros Hermanos los Cardenales, hemos provisto á la Iglesia de Durango en tí que á Nos y á Nuestros Hermanos has sido acepto por tus distinguidos méritos; te confirmamos pues por su Obispo y Pastor, te confiamos su cuidado y administracion en lo espiritual y en lo temporal. Esperamos en aquel que da las gracias y premios, dirigirá tus pasos para que esa Iglesia, bajo tu direccion, sea gobernada con provecho y con prosperidad y que recibirá y tendrá gratos aumentos tanto en lo espiritual como en lo temporal; que recibirás con pronta sumision, el yugo que se te pone; que procurarás con mucha solicitud, fidelidad y prudencia ejercer tu mision para que dicha Iglesia se regocije al verse encargada á semejante piloto y administrador tan probo y tan útil y así merezcas conseguir abundantemente el galardón del eterno premio, Nuestra bendicion y gracia, asi como la de la Santa Sede. —Queremos que antes de ejercer en algun modo el gobierno y régimen de dicha Iglesia, hagas la Profesion de Fé ante el Arzobispo de México ó el Obispo de Michoacan conforme al tenor de Nuestra Bula adjunta, y que debes enviar á la mayor brevedad á esta Santa Sede, el testimonio de haberle hecho; tambien hemos mandado á dichos Arzobispo y Obispo que te reciban la susodicha Profesion. —Dadas en Roma en Santa María la Mayor el año de la Encarnacion del Señor de 1621 el dia 11 de Octubre, sexto año de Nuestra Pontificacion.”

“Ungido Obispo, segun el rito católico, “se dedicó completamente á establecer y or- “denar su diócesi.”

No me ha sido dado saber cuando, donde y quien le consagraria, conjeturo que el Sr. Arzobispo Pérez de la Serna y en la Iglesia de S. Agustin de México: en lo que no se puede convenir es en que tuviese lugar la consagracion en 1619 como se lee en el Catecismo geográfico histórico estadístico de la Iglesia Mexicana, pág. 239, de donde seguramente lo copiaría el autor del Episcopado Mexicano Nacional, pág. 54, porque en ese año no se había erigido el Obispado de Durango ni

preconizado su prelado, segun lo escrito anteriormente.

El Sr. Ramírez asegura que el Sr. Hermosillo tomó posesion de su diócesi por apoderado el 22 de Octubre de 1621. En esta fecha encuentro igualmente inexactitud, si tomó dicha posesion y presentó las bulas de su nombramiento acabadas de expedirse el dia 11, no era posible, en esta época ni el vapor ni la electricidad abreviaban las distancias, es pues inverosímil que fuese en ese año, y vuelvo á conjeturar que sería en el siguiente. En lo que no cabe duda que el nuevo Prelado estaba en Durango en 1623, porque el dia 1^o de Septiembre firmó la ereccion de su catedral, como se prueba por la copia de ella hecha por D. Baltazar Tovar la cual ms. tengo en mi poder.

El P. Arleguá en su Crónica franciscana de Zacatecas, parte 5^a, c. XI, dice que el Sr. Hermosillo tuvo por Secretario á un pariente cercano llamado Nicolás de Salazar, quien apesar de los ruegos de S. S. I. tomó el sayal de S. Francisco en la Provincia de dicho Zacatecas, movido por el sermón del Mandato que oyó en la Catedral de Durango predicado por Fr. Juan Bravo en presencia del indicado Prelado.

El P. Basalenque en su “Historia de la Provincia de S. Nicolás de Michoacan” México 1673, Lib. II, cap. X, pág. 184, dice: “Luego que llegó [el Sr. Hermosillo] á su Iglesia, aunque para la corta ciudad halló muchos Ministros, pues demás del Parrocho había Convento de S. Francisco, y Colegio de la Compañía de Jesus, como tan amante de su Religion, no se hallaua solo sin la vista y compañía de sus hermanos, de su motivo escribió entónces al P. M. Fr. Miguel de Sossa que fundase Convento, que le ayudaría en todo lo posible. Embió el P. M. dos Religiosos, que hicieron una capilla y unas celdas; y luego al Capítulo embió su Señoría, á pedir Prior, y se despachó, y comenzó á edificar algo más; pero con la falta del Señor Obispo, que murió en la Visita, y con la pobreza de la ciudad, y como está tan léjos de la Provincia no va allá nunca Provincial, ni socorren aquella casa, y así no solo no crece, más al parecer es de inconveniente pasa la Provincia, y se ha tratado de quitarla, no sabemos que fin tendrá.” Acabó hasta en este siglo, por las leyes llamadas de Reforma.

Los franciscanos erigieron hospicio en 1556 y despues en convento el año de 1558, bajo la advocacion de S. Antonio. Asi lo dice Arleguá (Lib. II, c. I) cuyos son estos datos. Hubo en él hasta 12 religiosos y se dedicaban á enseñar Gramática, Teología, Canones y el idioma mexicano.

Los jesuítas, segun el P. Alegre (lib. III, pág. 268,) Tapia y Ardaya dieron una mision en aquella ciudad; en 1593 fué el P. Pérez con otro compañero y por último al año siguiente se hizo formal fundacion.

Tambien los beneméritos juaninos desde 1608 se habían establecido en Durango, bajo la proteccion de S. Cósme y S. Damian, fueron los fundadores los hermanos Fr. Francisco Ferrer y Fr. Juan de Torres.

El P. Alegre en su Historia de la Compañía de Jesus, lib. VI, pág. 195, al ocuparse de la reduccion de los indios binas, en los márgenes del río de Humace, dice: “La aspereza de los caminos había cerrado la puerta á las armas españolas y á los Ministros del Evangelio, hasta que á peticion del Ilmo. Sr. D. Fr. Gonzalo de Hermosillo hubo de encargarse de su conversion la Compañía.”

El Sr. Hermosillo no fundó el Seminario Conciliar, pues encontró en Durango además de la instruccion que daban los franciscanos un Colegio dirigido por los jesuítas el cual se sostenía con muy pocos fondos é inciertas limosnas, así lo trae el P. Alegre, lib. VI, pág. 194, despues “el Lic. D. Francisco Rojas de Ayora, primer Provisor y Vicario General del Obispado de la Nueva Vizcaya, señaló para dotarlo la hacienda de S. Isidro de la Pun-

ta, con buenas tierras de labor y crías de ganado, á que añadió en dinero efectivo quince mil pesos, con otras limosnas, fuera de lo que dejó despues en su testamento. Con este socorro se trató de poner luego clases de gramática y latinidad, como ardientemente lo había deseado su primer Obispo el Ilmo. S. D. Fr. Gouzalo de Hermosillo." Tampoco comenzó la fábrica de su Catedral como se verá cuando trate de sus sucesores, y signió en la parroquia dedicada á S. Mateo, como dice Diez de la Calle, elevada empero á la categoría de catedral.

"La extension de la diócesi es muy vasta, aún mas por la afluencia constante de gentes, la cual, conforme á su deber, emprendió visitarla."

El P. Pérez de Rivas en sus "Triunfos de nuestra Santa Fé," editada en Madrid el año de 1645, trata en el cap. 37, lib. X, pág. 645, de los indios tepehuanes que estaban segregados, á quienes quiso visitarlos el Sr. Hermosillo; el estado en que los halló, se ve por una carta dirigida al P. Provincial de los jesuitas, que en parte reprodujo y más abajo se verá, pues el P. Alegre le agrega otras cosas.

En efecto en el lib. VI, pág. 139, refiere con más detalles que el Sr. Hermosillo luego que tomó posesion, determinó conocer á su rebaño parte puesto, á cargo de los jesuitas de Parras, Tepehuanes y Sinaloa. Salió en compañía del P. Francisco de Arista, superior de la residencia de Guadiana. Quedó sumamente contento como lo manifestó por sus cartas al P. Provincial. "Confirmó toda la cristiandad de la Laguna de S. Pedro de Parras y del Río de las Nazas, dejó para otro año la visita de Sinaloa. Singularmente se agradó de una especie de seminario ó victorio de indiezuelos, que se había hecho en Parras donde aprendían á leer y escribir, á tocar algunos instrumentos y canto para el servicio de la Iglesia. Estando allí murieron dos jóvenes de aquel seminario. El uno despues de haber recibido la Santa Comunion, que había pedido con grande instancia, y para la que se había preparado confesándose cinco veces en aquella misma mañana. El otro hablando con una Imágen de Nuestra Señora le decía: "Madre de Dios, pagadme ahora todas las misas que os he cantado los sábados y vuestras fiestas toda mi vida; no me dejéis, que ya veo que me muero y no he hecho penitencia de mis culpas." Este tierno coloquio oía el Ilustrísimo y los presentes bañados en lágrimas viendo como la divina gracia previene con bendiciones de dulzura algunas almas en las regiones más bárbaras del mundo. Los dos jóvenes eran muchas leguas de allí, de los que llamaban serranas de Suavila, acaso lo mismo que llamamos Coahuila al presente."

(Concluirá el próximo domingo.)

TODO ES NADA.....

El hombre nace á la vida
Y va con porfiado intento,
Trás una ilusion querida,
Que ha de ver desvanecida,
Que toda ilusion es viento.
Niño, trás la mariposa
Corre brillante y plateada,
Tiende la mano afanosa...
Las espinas de la rosa
Se la dejan desgarrada.
Jóven, buscando el amor,
De que henchida siente el alma,
Va con sublime candor,
Y al fin le da su favor
De algun martirio la palma.
Hombre, al peligro, sereno,
Se lanza trás de la gloria,
Apura todo el veneno,
Y si ha sido malo ó bueno,
Despues lo juzga la historia.
Ya anciano, va codicioso
Acumulando riquezas,
Consigue estar poderoso,

Le da la muerte el reposo
Y adios soñadas grandezas.

Asi al fin de la jornada,
Sabe el hombre por su daño,
Que todo en el mundo es nada:
La última dicha soñada
Es el postrer desengaño.

PROTECCION DE MARIA.

EL PAN DE LA VIRGEN.

RELATO INFANTIL.

VENID acá, hijos míos, así... más cerca. Que pueda yo acariciar vuestras rubias cabecitas y buscar descanso á mis ojos en vuestras serenas pupilas. Vosotros no sabeis, hijos de mi corazon, cuánto me consuela ver la pureza de vuestras almas á través de vuestros ojos!

¡Pero... ya os entiendo! esos vuestros labios, rojos y húmedos como fresas bañadas de rocío, ya me están repitiendo en coro; cuéntanos algo! ¡cuéntanos algo!

Pues bien, os voy á hablar del "pan de la Virgen," pero con la condicion de que habéis de obsequiar mucho á María Santísima en este mes, mucho, ¡mucho!

¿Si? pues manos á la obra.

Dieguín era un pobre niño de seis años, pero tan simpático, tan amable, tan bueno, y luego tan desgraciado, que le hubiérais querido como al mejor de vuestros compañeros, si le hubiérais llegado á conocer. Su padre, pobre jornalero, fué á trabajar á unas minas, léjos, muy léjos, y... ¡no volvió! Un barreno, con la espantosa explosion de la dinamita, derribó sobre de él inmensas moles de piedra y... allí quedó: ¡no tuvo el infeliz otra sepultura!

La madre de Dieguín, que vivía con su hijo de lo que le enviaba su pobre marido, supo su desastrosa muerte, y cayó enferma, muy enferma de dolor y... de hambre!

—¡Dieguín, hijo mío, te dejo solo en la tierra... pero tienes una Madre que no te dejará, la Virgen: quiérela mucho, hijo de mis entrañas, y que seas bueno, muy bueno... ya nos volveremos á juntar en el cielo!

Dieguín escuchaba á su madre, pero no entendía bien sus palabras, y no obstante, una cosa así como un sollozo subía de su pecho á su garganta.

La fisonomía de la pobre madre se iba tornando cada vez más demacrada y pálida: dos gruesas lágrimas temblaban en sus párpados inferiores, sin acabar de rodar, como si estuviesen ya heladas por el frío de la muerte.

Dieguín miraba á su madre y lloraba, porque llorar es lo único que saben hacer los niños desde que nacen—y lloraba sin sollozar, porque le parecía que su madre se iba quedando dormida y no quería despertala.

Al fin se durmió, para no despertar más!

Dieguín aguardó largo rato en silencio.

Despues la llamó una, dos, tres... muchas veces... no respondió: besó llorando una de sus manos que pendía de su miserable lecho... ¡estaba fría, muy fría! y Dieguín volvió á mirar el rostro de su madre, en que primero el hambre y luego la muerte había impreso su huella, y tuvo miedo y huyó de su pobre choza sin direccion fija.

Dieguín ya no era en el mundo más que un pobre huérfano de padre y madre! ¡Estaba solo en el mundo! ¡Y no tenía más que seis años!

¿Dónde estará el cielo? decía para sí, andando, andando por un camino largo que no se acababa nunca.—¡El cielo debe de ser cosa muy buena, puesto que por irse allá han dejado mis padres á su Dieguín á quien tanto querían! ¡En el cielo tendrán todos pan, pan todos los dias, pan siempre! ¡allí nadie tiritará de frío!... pero ¿dónde estará el cielo?

Y Dieguín caminando, caminando, llegó

á las afueras de una ciudad, y cayó rendido de cansancio y de debilidad á las puertas de una Ermita.

A no ser por la santera que cuidaba aquella Ermita campestre, allí hubiera muerto tambien el pobre Dieguín.

Pero la santera era una mujer tan buena como fea, era bastante fea la pobre.

—¿Quién eres, hijo mío, de dónde vienes?

—Yo soy Dieguín. Mis padres me han dejado solo. Se han ido al cielo. La madre me dijo que allí los encontraré. Pero ¿dónde está el cielo? he andado mucho para encontrarlo y... ya no puedo más.

—Ven, hijo mío, ven á mi casa—dijo la pobre mujer conmovida—que despues buscaremos á tus padres. Un rinconcito abrigado y un pedazo de pan nunca te ha de faltar en mi casa. Ven, hijo, comeremos más y comeremos ménos!

—Aquí tienes este ángel del cielo que Dios nos envía—dijo la santera á su marido al entrar en su casa, que distaba muy poco de la Ermita.

—Hasta ahora Dios no nos ha dado hijos y ahora nos da este ya crecido.

Dicho y hecho, Dieguín fué adoptado por aquellas buenas gentes, y aunque sus caricias no reemplazaban las de sus padres, todavía el pobre niño lloraba cada vez con ménos pena cuando se acordaba de su madre; y ya no tenía ni frío ni hambre, porque pan, lo que es pan, gracias á Dios, le daba la buena santera en abundancia.

Sin embargo, la idea de ir al cielo no le abandonaba nunca.

—"Señá" María—que así se llamaba la santera—¿cuándo vamos á buscar á mi madre? ¿Por qué no me lleva vd. al cielo? ¿No quedamos en eso?

—Mira, Dieguín, rézale mucho al Señor y á la Santísima Virgen, y si sigues siendo bueno verás cómo te lleva al cielo.

Dieguín, como aunque pobre le había educado bastante su madre, sabía de corrido el Padre Nuestro y el Ave María, y no tenía más recreo, aquel angelito, que ir muy á menudo á la Ermita que estaba consagrada á la Virgen de los Dolores, y allí pasarse las horas muertas delante de su Imágen.

Esta pobre Ermita, que á través de unas toscas rejas de madera, que formaban su puerta, dejaba ver un altar y un modesto retablo, estaba situada en la encrucijada de dos caminos, su espalda resguardada por copudos árboles, y á un lado y otro de la entrada había la santera sembrado, en unas especies de arriates, enredaderas y pasionarias, que trepando por las paredes festoneaban la puerta, y cuyas flores mecidas por el viento enviaban á la "Dolorosa" el incienso campestre de sus perfumes. Los caminantes, al emprender sus viajes, como hallaban á su Madre al paso, la saludaban rezando y encomendándose á su proteccion; al volver de sus caminos ó de sus faenas, le daban gracias á la Madre de la divina gracia, y solían echar alguna limosna en el cepillo que había por la parte de adentro, junto á una de las jambas de la puerta.

Esa limosna de la piedad de los hijos para su Santísima Madre, era la que alimentaba una lámpara que la santera cuidaba que estuviese siempre encendida.

Dieguín se asía á la verja de madera, se empinaba para ver mejor, fijaba los ojos en la Imágen, y sus ojos se le arasaban en lágrimas.

¿Por qué lloraba aquel ángel de Dios?

Era que aquella Imágen, pintada en un antiquísimo lienzo, con su negro manto y su blanca toca muy ajustada al rostro le recordaba á Dieguín el rostro delgado, pálido y lloroso de su muribunda madre, que le estaba aguardando en el cielo!

El pobre niño, que todos los dias iba á rezar á su Virgen, y que todos los dias la encontraba lo mismo tan delgada, tan pálida y tan llorosa, llegó á pensar que aquella Señora estaba así porque padecía hambre.

Dieguín no entendía que se pudiese llorar por otro motivo.

Un propósito generoso brotó de su buen corazón.

Guardó, sin que lo notara nadie, un buen pedazo de pan que le daban, y fué á llevarse-lo á la Virgen.

Se encaramó sobre uno de los poyetes que había á un lado y otro de la puerta, y alargando cuanto pudo su bracito, puso el pedazo de pan en un saliente que había junto al cepillo de la limosna, y le dijo á la Virgen: ¡Yo sé lo que es tener hambre; Señora, mi madre y yo hemos pasado unas hambres! ¡Vos tambien debéis sufrir necesidad, se os conoce en la cara! Pues... coged ese pan y comed sin reparo; á nadie se lo he quitado... es del que á mí me dan, y todos los días os traeré una buena parte.

¡Cuando volvió al día siguiente, el pan había desaparecido!

Dieguín se puso loco de contento al ver que la Virgen aceptaba su obsequio: siguió poniendo todos los días allí el pan, y el pan todos los días desaparecía de allí.

Pero al cabo de algun tiempo el bueno de Dieguín reparó que la Señora seguía siempre lo mismo, tan delgada, tan pálida y tan llorosa; en fin que no mejoraba, y por lo tanto que no le aprovechaba lo que comía.

Entonces ingenuamente descubrió sus dudas á la santera.

—¿Qué será esto "señá" María?

Ya hace bastantes días que doy parte de mi pan á la Virgen de la Ermita. ¡Como la veía tan desmejorada!... pues es el caso que no está mejor, y lo que es comer... ya come. ¿Qué será esto, "señá" María?

—¿Conque dices que todos los días le has traído á la Virgen un pedazo de pan, privándole de él?

—¡Y con mucho gusto! ¡Yo creía que tenía hambre, y... como yo sé lo que es tener hambre!

—Pero, Dieguín mío, ¿no ves que la Virgen no come esta clase de pan?

—¿Que no? Todos los días se ha comido el que yo le traía.

—Pues entonces,—dijo la Señá María, despues de una breve pausa, en que cruzó una súbita idea por su mente—llévaselo hoy tambien como de ordinario, que la Virgen te lo premiará.

La santera se enteró de la hora en que solía llevar Dieguín su pedazo de pan, que era á la caída de la tarde, y queriendo por sí misma esclarecer aquel misterio, se escondió detrás de los árboles que estaban á espaldas de la Ermita.

Dieguín, despues de dejar el pan y rezar un Ave María, se alejó hácia la casa de la santera, y ésta durante mucho tiempo en medio de la oscuridad que iba creciendo, no percibió más que el rumor lejano de las esquilas del ganado y las yuntas que volvían del trabajo, y el cercano susurro de las copas de los árboles que la cobijaban.

De pronto le pareció oír algo particular, y vió avanzar por uno de los caminos un bullo: se acercó á la Ermita y la luz de la lámpara le iluminó de lleno.

Era otro niño mayor que Dieguín, pero más cubierto de harapos.

El pobre muchacho se santiguó al acercarse, alargó la mano hácia donde estaba el cepillo de la limosna, tomó el pedazo de pan, lo besó y lo ocultó en su seno.

Despues de mirar en torno suyo con temor, se disponía á echar á correr, porque parecía que aquella soledad le daba miedo, cuando le salió al encuentro la santera.

—¿Qué vienes á hacer aquí?

—¡Yo... nada!—contestó temblando el muchacho.—Yo no soy ningun ratero... yo no quito á nadie nada, sino que vengo aquí todos los días á recibir el pedazo de pan que me da la Virgen.

—¿Y cómo sabes tú que la Virgen es la que te da ese pan?

—Pues... yo venía hace días pidiendo limosna, y en ninguna parte me daban: tenía mucha hambre, mucha, y ya no me podía tener de pie. Me acerqué á boca de noche á esta Ermita, y me puse á pedirle á la Virgen que no me dejase morir de hambre... entonces reparé lo que había junto al cepillo; era un pedazo de pan... y todos los días vengo á la misma hora, y todos los días encuentro la misma ración.

No os tengo que decir, hijos míos, que tambien aquel pobre niño encontró en esta ocasion á la divina Providencia en forma de santera. Porque, os lo vuelvo á repetir, la "Señá" María era tan buena como fea, y ya con sus años estaba bastante fea la pobre.

Dieguín, al fin y al cabo, en recompensa de su amor á Dios y á la Virgen y de su amor al prójimo, encontró el camino del cielo, como lo encontraréis vosotros, si imitais á Dieguín.

Le encontró y le siguió hasta el fin; porque otros lo encuentran y lo dejan, lo que no permita el Señor que os pase á vosotros jamás!

En el cielo volvió á juntarse con sus padres para no separarse nunca. ¡Ya podeis figuraros qué abrazos se darían!

Allí estaba tambien la Virgen, pero no Dolorosa como la de la Ermita, sino tan llena de alegría, que daba gloria verla.

Se me olvidaba que tambien encontró allá á la santera, sólo que le costó trabajo conocerla, porque, en el cielo no hay ningun feo, estaba hecha lo que se llama una real moza.

Mucho le valió á la "Señá" María aquel obsequio constante á la Virgen de cuidar de su lámpara, y más aún el cuidar de esas lámparas vivas de Dios, que son nuestros hermanos, en especial los más pobres; los cuales, si no tienen siquiera una gotita de aceite, se apagan, ¡se mueren!

Conque ahora... á jugar, hijos míos, pero no os olvideis de Dieguín: ya lo sabeis, amad mucho, mucho, á la Virgen y á los pobres, y vosotros hallaréis y no perderéis el camino del cielo.

V. Z.

PIDIENDO LA CONSERVACION DEL CULTO CATOLICO.

No permitas, Señor, que en los altares
Donde te dieron culto mis abuelos,
Donde hallaron alivio á sus pesares,
Y á cuyo pie sus miembros fatigados,
Cuando la vida huyó cual humo leve,
Durmieron confiados
De tu piedad bajo la augusta sombra,
Vengan extraños dioses á erigirse,
Dioses que con horror el labio nombra,
Ampárenos tu fé cual tienda fuerte
Plantada en las arenas del desierto,
Y haz que su brillo santo
De faro bienhechor nos sirva en tanto
Que del sepulcro vamos hácia el puerto.

1856.

J. M. Ro: Bârcena.

LA COPA Y LA MISA.

ALLA en los tiempos de la edad media, vivía en su castillo feudal un poderosísimo señor de horea y cuchillo tan despótico y tirano con sus vasallos que en cuanto cometían algun delito ó él creía que lo habían cometido, ó simplemente le daba la gana, los colgaba en el acto de una almena como si fuesen un racimo de uvas.

Además el Conde (que conde era el conde) tenía un genio como un basilisco. Por cualquier cosa se incomodaba, montaba en cólera y ¡ay! del infeliz que cogía por delante, pronto hacía bendiciones con las piernas al aire y una sogá al cuello.

Entre los muchos soldados y pajes que

estaban á su servicio, tenía dos que sobresalían de la multitud.

El uno llamábase Lupo, y era un pícaro redomado que había cometido muchas fechorías, y huyendo de la justicia se había acogido al amparo del Conde que le distinguía y consideraba, porque con sus adulaciones le había cortado la tripa. A este tunante todos los habitantes del castillo lo aborrecían en secreto, pero le acataban en público, por temor al Conde.

El otro criado llamado Mendo, (reverso de la medalla) era un pajecillo de pocos años, honrado y piadoso á quien todos amaban por su carácter dulce, sus buenas costumbres é irreprochable conducta, y á quien tambien quería mucho el Conde, aunque no tanto como á Lupo.

Y acontecía lo que era natural, que Lupo aborrecía de muerte al paje, y procuraba, con disimulo, desacreditarle con su señor, aunque no se atrevía á hacerlo abiertamente por temor de descubrir su odio y que el Conde irritado, le hiciese sufrir el castigo de las "bendiciones."

Devanábase, pues, los sesos pensando cómo malquistar al buen paje con el amo y no daba en ello; porque si levantaba una calumnia y se descubría... ¡los pelos se le ponían de punta, no más de pensarlo! Y por otra parte no podía tolerar la influencia que por su conducta iba adquiriendo sobre el Conde.

Entre las muchas alhajas que este potentado poseía, había una que descollaba sobre todas; y era una riquísima copa de oro guarnecida de brillantes, herencia de sus antepasados, y que el Conde conservaba en un rico estuche cerrado con un fuerte candado, cuya llave guardaba con mucho cuidado, sin confiársela á nadie, ni aun á su protegido Lupo. Esa copa no salía á la mesa siuo en días solemnes en que el mismo Conde, por su misma mano la sacaba de su estuche, y volvía una vez terminada la comida, á encerrar cuidadosamente.

Conociendo, pues, el malvado Lupo, la estima en que su amo y señor tenía la copa, pensó que podía servirle de instrumento de perdición para el aborrecido Mendo; y así determinó con mucho sigilo, tomar con cera la forma de la cerradura del estuche, y hacerse en la ciudad vecina, por tercer persona, una llave igual á la que el conde siempre llevaba consigo. Efectivamente, una vez hecha la llave, nuestro ladron abrió una noche el estuche, sacó la copa y la escondió en el cofre donde guardaba su ropa el inocente Mendo, que no sospechaba la inicua asechanza que le tendía su enemigo mortal.

Llegó á poco un día de convite en el que Mendo había ido á la ciudad vecina con una comision del Conde, y vió Lupo llegada la ocasion de recoger el fruto de su diabólico proyecto. Fué el Conde á sacar la copa, y... ¡oh asombro! ¡El estuche estaba vacío!

No es posible pintar la cólera, la ira, la rabia de aquel potentado al ver que le faltaba su más preciada joya; pero aun más subía su indignacion al pensar que podía ser robo de sus criados. Todos naturalmente se pusieron á temblar, y se interesaban en que se descubriese el ladron; y el que más interés aparentaba era el verdadero encubridor Lupo. Fuego por los ojos despedía el iracundo señor, por más que Lupo trataba de apaciguarle proponiéndole un registro general de ropas y muebles de todos los habitantes del castillo.

Agradóle al Conde la idea, y todos celebraron la decision del señor, de registrar cuidadosamente las habitaciones de sus servidores; pues á ninguno de ellos argüía su conciencia, y ninguno quería verse bajo la sospecha del robo de aquella alhaja.

En efecto, el amo procedió á un detenido registro; y cuando llegó á la habitacion de Mendo, que aun no había vuelto de la ciudad, se encontró con asombro de todos, en el fondo del cofre donde guardaba su ropa, la copa tan ansiadamente buscada, y tan vilmente escondida por el envidioso Lupo.

No hay palabras para pintar el furor del Conde, al propio tiempo que el asombro de los demás criados que no podían sospechar de su buen compañero aquel torpísimo delito.

Mandó el Conde que nada se le dijese á Mendo cuando regresase de su viaje; y entre tanto pensaba qué castigo y nuevo tormento le impondría, pues le parecían pequeños y suaves los que hasta entonces había usado.

—No encuentro tormento bastante grande, decía el Conde hablando con Lupo: todos me parecen poco.

—Señor, se atrevió á insinuar el malvado; en vuestro bosque cercano están acabando vuestros trabajadores un horno de cal; esta noche le pegarán fuego.

—Dices bien, rugió el Conde cayendo en la idea; mañana queda hecho cenizas el hipócrita ladrón.

Aquella misma tarde montó el Conde á caballo, y á cosa de una legua halló un horno de cal cuyas llamas semejaban un infierno.

Cuando los caleros vieron llegar al amo se pusieron á temblar: —¿Qué embajada traerá este mozo? preguntáronse entre sí viendo la cara que traía.

—¡Hola! dijo á sus gentes; mañana temprano vendrá un criado mío y os preguntará si habeis ejecutado mis órdenes. Vosotros sin esperar más, lo cogéis y lo echáis en el horno; y ¡ay de vosotros si así no lo haceis!

—No tenga cuidado el señor, contestaron temblando, lo dejaremos hecho un chicharrón.

El airado Conde volvió á su castillo más tranquilo, deseando llegase la mañana y que volviese Mendo. Este regresó más temprano, y el Conde salió á recibirle.

—Ve, le dijo en seguida éste, á la calera del bosque, y pregunta si han ejecutado ya mis órdenes.

Fuese, pues, el inocente Mendo á despachar la comision de su amo, cuando á mitad del camino oyó tocar á misa en una ermita, que en aquel sitio había dedicada á la Virgen de la Misericordia. Titubeó si entraría ó seguiría su camino, acordándose que su madre le había inculcado cuando era niño, que no dejase de oír misa todos los dias que pudiese; y creyendo que un cuarto de hora que tardase en llegar al bosque no sería grave falta, entró en la ermita, y oyó misa con gran devocion, rogando por la salud de su amo y señor.

Entretanto, impaciente el malvado Lupo por saber con seguridad la muerte de Mendo, dijo al Conde:

—¿Queréis, señor, que vaya á la calera á ver si han obedecido vuestras órdenes?

—Sí; veas si aquel infame ha sufrido ya su castigo.

Marchó muy contento Lupo; pasó por delante de la ermita en donde Mendo estaba acabando de oír su misa, se acercó al horno de cal y preguntó con afán:

—¿Habeis ejecutado ya las órdenes del señor?

Aun no había acabado de pronunciar estas palabras, cuando cuatro robustos brazos le cogen de sorpresa; le arrojan violentamente al horno, y queda hecho cenizas en ménos que se santigua un loco.

Al poco tiempo, nuestro Mendo, una vez acabada la misa, volvía á tomar su camino, llegaba á la calera, y con la mayor inocencia preguntaba: —¿Habeis ejecutado las órdenes de mi señor?

—Sí, contestó el que hacía de jefe de aquellos hombres; dí que hace un cuarto de hora que ha sido obedecido puntualmente.

Volvió nuestro Mendo al castillo, se presentó ante el Conde, y con la inocencia en el rostro, señor, dijo, vuestras órdenes han sido cumplidas.

—¿Que no se han ejecutado mis órdenes? exclamó el Conde asombrado.

—Sí, señor, contestó respetuosamente el paje. Me ha dicho el jefe del horno, que hacía un cuarto de hora que habían sido ejecutadas.

—Pues entonces, ¿dónde está Lupo? dijo el Conde echando chispas.

—Señor, dijo Mendo poniendo una rodilla en tierra, no sé nada de Lupo; castígueme mi señor si he faltado en llegar un cuarto de hora despues, Oí tocar á misa en el camino en la ermita de la Virgen; tengo devocion de oír misa siempre que puedo [así me lo mandó mi madre en su lecho de muerte] entré en la ermita, y concluida la misa llegué al horno en donde me dijeron que vuestras órdenes habían sido cumplidas.

El Conde estaba atónito.

Perplejo y sin saber ya qué hacer se disponía á ir por sí mismo al bosque para aclarar el enigma, cuando en esto llegó un trabajador de la calera, y haciendo una gran reverencia, dice:—Señor, aquí traigo este cordón y esta llave que aquel hombre que mandásteis arrojar al horno llevaba al cuello, y que se quedó enganchado en mi brazo al tiempo de echarlo en el fuego.

Tomó el Conde el cordón y llave que su servidor le ofrecía, y cuando se fijó en la llave, conoció con asombro que era la del estuche de la copa encontrada en el cofre de Mendo.

—Ahora lo comprendo todo, dijo despues de un rato de estupor. Tú, Mendo, por la devocion de oír misa, has sido librado de una muerte horrorosa; y Lupo la ha sufrido en justo castigo de sus maldades. Aquí está la llave con que abrió para quitar la copa y esconderla entre tus ropas para que apareciera culpable. Para resarcirte de la injuria que te hice creyéndote ladrón, te nombro desde hoy mi mayordomo; y en memoria de la providencial salvacion tuya y justo castigo de Lupo, voy á edificar en mi castillo una ermita dedicada á la Virgen de las Misericordias, en donde todos los dias oíré misa con toda mi servidumbre.

Y desde aquel dia el Conde, arrepentido de sus pecados, cambió completamente de vida.

He aquí como por la santa devocion de oír misa fué preservado un inocente de la muerte más horrenda, el verdadero delincuente sufrió el condigno castigo y un gran pecador se arrepintió de sus maldades.

JOAQUIN MARTINEZ LOZANO.

AL VOLVER A MI PUEBLO NATAL.

¡Pino locuaz de blonda cabellera,
Aun das fragancia á mi nativo prado
Y frescor al flexible y argentado
Arroyo que retoza en la ribera!

Ciérnese aún el águila altanera
Encima el risco; vuela en el cercado
El zorzal; y arrebólase el nublado
En la occidua selvosa cordillera.

Y aun ostenta su brillo y lozanía
Aqueste madroñal... ¡oh Dios!... en donde
Mi buen padre al encuentro me salía.

¡Y hoy que retorno él sólo se me esconde!
¡No hay huella de su báculo en la vía...
Y por más que le llamo... no responde!

¡UN JESUITA!

VARIOS himnos patrióticos acompañados de palmadas y de fuertes golpes á las mesas resonaban en una taberna de la calle Montmartre, terminando todos, á modo de estribillo, con gritos de "¡abajo los prusianos!" Las botellas de vino eran apuradas una tras otra en pocos instantes, y á través de la humareda de las pipas, mereed á algunas luces de gas, se veía á varios hombres de lengua barba y á algunos jóvenes en los que apenas comenzaba á aparecer el bozo.

Las noticias que se recibían de la frontera eran la causa de la excitacion de aquellos obreros, cuyos principios de educacion, apenas iniciados en la escuela, fueron desgracia

damente á perderse por los talleres, en donde se convierten en enemigos acérrimos de todo poder y de toda religion.

En aquella noche de Noviembre de 1870 todos esos camaradas se habían congregado en la taberna para protestar, á su manera, de que los prusianos invadieran el suelo patrio y desear próximos triunfos á aquellos que iban á partir al dia siguiente formando en las filas de una compañía de franco-tiradores. Entre éstos había un tal Huberto Lefermail que era el que se mostraba más excitado: gracias á sus charlatanerías se había como conquistado en las reuniones obreras cierta reputacion de orador; así es que cuando se acercó el momento de separarse hubiera él considerado faltar á su fama si no dirigía á sus compinches que quedaban en Paris, ya porque sus parientes lo exigieran ó por su poco valor, una arenga á modo de suprema despedida.

A grandes rasgos indicaré algo de su impetuoso discurso:

—“Es menester que nos separemos de los amigos: pero confiamos que les volveremos á ver. Es que nosotros vamos á cumplir con nuestra obligacion, con nuestro deber. Yo no diré que vosotros seais... pues hasta los que permanecéis aquí será quizá tambien para cumplir otros deberes; no os criticamos por esto: sin embargo, creo que lo reflexionaréis, y si nuestros sacrificios no bastaran, confío que todos volaríais á nuestro auxilio, dispuestos á sustituirnos en caso de que sucumbiéramos.

“Debemos arrojar á los prusianos á toda costa aunque fuera del de nuestra sangre... Pero tenéis tambien que trabajar aquí defendiendo la República, no esa de los burgueses, sino la nuestra, la verdadera.

“Cuando hayamos dado cuenta de esos que hasta se comen las berzas (1), entonces arreglaremos á los burgueses, ya que ellos quisieron la guerra para bañarse con la sangre del obrero. Tampoco olvidaremos cuando llegue la distribucion de recompensas, á esos curas que son los que proporcionan dinero y cañones á los enemigos de Francia.”

—“Abajo los curas,” gritó aquella gente que apestaba á vino.

Y Lefermail continuó:

—“Sí, nosotros ya lo sabemos, los jesuitas engordan con nuestros sudores y hasta quisieran que nos comiéramos las piedras.”

—“Abajo los jesuitas!”—vociferaron entonces los amigos del tribuno improvisado.

—“Vigilaréis esta bandada negra mientras vamos á escarmentar á los prusianos, y si se presentase ocasion de manchar con sangre alguna sotana, obrad sin miramientos; el pueblo os lo agradecerá.

“Al regreso os daremos las gracias y hasta os prestaremos nuestro apoyo.

“Entre tanto, permitidme que os recomiende mi anciana madre y mis dos chiquillos. ¡Ah!... y cuánto siento que haya fallecido mi mujer! Y ahora, valor, amigos, y hasta la vista. A vuestra salud!”

El orador extendió su brazo y trazó en el espacio una semicircunferencia con el vaso, que fué á rozar con los de los demás.

—“A la tuya, amigo! ¡Abajo los solidos! ¡Viva la libertad! ¡Mueran los jesuitas! ¡Mueran los prusianos!”

Estas y otros parecidas exclamaciones se repitieron entre las carcajadas de todos, mientras apuraban las últimas botellas.

El reloj del tabernero dió las doce de la noche. Despidiéronse unos de otros estrechándose las manos: despues cada cual tomó, tambaleándose, el camino de su casa.

Saludados por entusiastas aclamaciones, partieron al dia siguiente los franco-tiradores, vestidos en traje de campaña, atravesando, con paso marcial, las calles de Paris.

Como cabo de fila iba un sacerdote de cabello canoso, que ingresó en calidad de capellan voluntario. Tambien formaba Lefer-

(1) Aludiendo á los prusianos.

mail ostentando con cierto orgullo los sencillos galones de cabo.

Lo que es aquella noche los alemanes no estaban para celebrar su victoria, y fué que les había costado demasiado cara. A esta pena que los abrumaba debían nuestros franco-tiradores, encerrados en la iglesia del pueblo, el no haber sido ya pasados por las armas.

En la puerta de aquel sencillo templo vigilaba, inmóvil, un centinela prusiano que de vez en cuando miraba al interior por el ojo de la enorme cerradura. En un rincón del altar había una linterna cuya pálida luz alumbraba una triste escena. Sobre la tarima del altar mayor había tendidos seis hombres, tres de los cuales estaban ligeramente heridos. Todos duermen porque están rendidos de fatiga.

Apoyando los codos sobre el altar velaba un cabo que resulta ser nuestro Lefermail. De sus ojos se escapan gruesas lágrimas que ruedan hasta perderse por su espesa barba negra. Ni él ni sus compañeros ignoran la suerte que se les espera, pues saben perfectamente que todo franco-tirador detenido con las armas en la mano es condenado á muerte, y que ordinariamente esta orden se ejecuta en el acto.

Gracias á Lefermail, más de un alemán no volverá á ver las orillas del Rhin; pues durante tres horas él había dirigido el fuego de su pelotón contra el flanco de las tropas prusianas. Aunque despacio, sus disparos eran tan certeros que cada bala derribaba á un enemigo.

Nuestros siete compañeros saludaban cada descarga con ruidosas carcajadas, y cuando echados en el suelo estaban riéndose con mayor satisfacción, se vieron repentinamente sorprendidos y desarmados por una compañía de bávaros.

Entonces, bejo aquellas bóvedas sombrías de la ruinoso iglesia, Lefermail pensaba en su madre y en sus hijos que muy pronto iban á quedar huérfanos.... ¡Oh noche tan triste!

El viento soplaba con violencia. De vez en cuando nuestro cabo despertaba de su letargo al oír las voces de los de afuera del templo.

El capellán de la compañía de franco-tiradores, que también estaba prisionero en una sala de la Alcaldía, junto con otros dos oficiales franceses, supo el fin que aguardaba á siete de sus amigos. Con bastante facilidad pudo salir de allí y llegar hasta el pórtico de aquella iglesia próxima, pero el centinela no le consentía penetrar en ella. Poco faltó para que su tenaz insistencia le costase la vida.

Afortunadamente, el jefe de reten al oír los gritos del centinela, se dirigió hacia el sacerdote y le preguntó:

—¿Qué hace usted aquí? ¿Qué quiere usted? ¡Vamos á ver!

—Vengo á cumplir con mi deber,—respondió el sacerdote.

—¡Ah! sí, comprendo,—añadió el oficial—efectivamente; mañana han de ser fusilados. Pase usted, Padre.

Y él mismo le abrió la puerta para dar paso al Ministro del Señor.

No describiré las conmovedoras escenas que se desarrollaron en aquel aislado santuario. Las lágrimas rodaron por las mejillas de todos y Dios se compadeció de ellos.

El sacerdote se entretuvo mucho con Huberto Lefermail, quien, entre suspiros y sollozos que ahogaban sus palabras, exclamaba á menudo:

—¡Hijos míos! ¡pobres hijos míos! ¡ay no los volveré á ver!....

Confesor y penitente se apartaron hacia un extremo de la capilla. Reinaba un silencio profundo. El uno suplicaba y el otro, en tono algo enérgico, pronunció palabras que los otros no pudieron comprender.

Después el sacerdote habló al oído de Lefermail como si le diera instrucciones secretas.

Si aquella capilla no hubiese estado tan

á oscuras, los otros franco-tiradores, que estaban sentados en las gradas del altar, habrían podido contemplar un extraño espectáculo; un sacerdote estaba de rodillas ante un cabo, y éste le tendía los brazos, le bendecía y le abrazaba con cariño.

El sacerdote y el soldado se habían cambiado sus vestidos. Lefermail, que llevaba la sotana, decía en tono suplicante:

—No; no quiero: me es imposible aceptar este sacrificio.... Tomad, Padre, vuestra setona.

—Pero cállate, hijo mío,—insistía el Ministro del Señor,—cállate que los prusianos pudieran oírte.

Y después de algunos instantes de silencio añadió en tono imperativo:

—Sal ahora, en seguida; pues quizá dentro de poco rato tus hijos serían ya huérfanos.

El cabo bajó la cabeza, y cogiendo bruscamente las manos del sacerdote le dijo:

—Usted es mi salvador: le suplico me diga su nombre, pues quiero que mis hijos lo pronuncien siempre con agradecimiento, con cariño.

—Hijo mío, años atrás—respondió el sacerdote—cuando yo era oficial de marina, mi apellido despertaba no pocas simpatías, pero ¿á qué vendría ahora dárselo á conocer? Si hace tiempo que no soy sino un sencillo jesuita....

—¡Ah! un jesuita!.....—repitió con asombro el parisiense. Entonces se oyeron pasos regulares de soldados, y la conversación quedó interrumpida por breves instantes.

La puerta se abrió: los prisioneros se pusieron en pie y levantaron la frente con dignidad, creyendo ya llegada su última hora. La alarma resultó falsa; pues era que al relevar los centinelas vinieron á mirar para cerciorarse de la presencia de los prisioneros franceses.

Tan pronto como desaparecieron los alemanes, el jesuita puso su mano sobre el hombro del cabo, y empujándole hacia la entrada de la iglesia, le dijo:

—En nombre de tus hijos y de tu madre te suplico que salgas en el acto. Adios y ruega por mí.

Huberto quería responder, pero cuando volvió la cabeza ya el sacerdote estaba sobre las gradas del altar, y dirigiéndose á los demás franco-tiradores les decía:

—Vamos, amigos míos, tengamos valor y preparémonos para morir como cristianos y como franceses.

Un minuto después, la puerta del templo giraba sobre sus goznes y el centinela alemán se cuadraba ante el cabo enemigo, que pasaba vestido con la sotana.

Lefermail se refugió en las malezas de un bosque, y fué allí donde, por la madrugada, oyó como una descarga de fusilería.

Huberto cayó de rodillas y oró.....

Hace algunos meses que el anciano cabo de los franco-tiradores decía á su hijo mayor:

—Mañana, cuando celebres tu primera misa, ofrécela en acción de gracias al Todopoderoso: pero pasado mañana celebrarás una misa de difuntos, y con esta ocasión vestirás la sotana de aquel jesuita.... Y si llegara el caso, sé tú un héroe como él.

J. COURTEL.

MELANCOLIA DE LA TARDE.

(Traducción de una balada alemana.)

La tarde va cambiando lentamente
Su tenue claridad en sombra oscura;
Suspiran en la orilla de la fuente
Los desmayados sauces con dulzura.
Del recuerdo el crepúsculo cruzando
Cual luces melancólicas, inciertas,

Las sombras de mis penas van pasando
Que ausentes llora el corazón, ó muertas!

Sombras queridas! Nunca en esta tierra
La tarde, al irse, nos verá reunidos!....
Yá el Véspero se esconde tras la sierra
Y sollozan los sauces remecidos.

Roberto de Narvaez.

LOS DESEOS HUMANOS.

LOS dos eran viejos, marido y mujer, y además de viejos pobres, y además de pobres envidiosos, y además de envidiosos murmuradores, hasta el extremo de cortarles sayos y echarle remiendos á la mismísima Providencia.

Por añadidura el viejo tenía mal genio y siempre estaba disputando con su mujer, que jamás estaba conforme con él, si bien le daba la razón á todos sus disparates con tal de ahorrarse pesadumbres, malos humores y algún que otro sopapo.

Una noche de invierno estaban sentados á la lumbre bajo la chimenea, asando castañas al rescoldo. Hacía bastante frío y esperaban zamparse en la cama para calentarse por completo, porque en la chimenea, se calentaban por delante y se helaban por detrás.

—Pero señor, decía el viejo, ¿qué vida tan triste! ¿porqué Dios, no nos había de conceder todo lo que uno creyese necesario para pasarla mejor? Antes de pedir cualquier cosa lo pensáramos mucho, y ya procuraríamos atinarnos bien, pues nadie mejor que nosotros sabe lo que nos hace falta.

—Ya lo creo, dijo la vieja, que por primera vez estaba conforme interiormente con su marido; ¿qué bien estaríamos! ¿cuántas cosas pediríamos, todas buenas para el cuerpo y para el alma! porque como dice el Sr. Cura, tenemos alma y cuerpo, y para los dos habemos de pedir.

—Es claro, repuso el marido; tenemos alma y cuerpo, pero lo primero es el cuerpo.

—Hombre, dijo la vieja, creo que el alm....

—No seas animal, replicó el viejo.

—Pero, contestó la vieja....

—Si cojo un sarmiento, te rompo la crisma.

A mayores hubieran llegado si en aquel momento no hubiesen visto con gran asombro asomar por la chimenea unos zapatos, y luego unos pies que colgaban de unas piernas, y luego unas enaguas negras, y un cuerpo, y unos brazos, y una cabeza; y por fin, una vieja de raro aspecto, cabalgando en una escoba.

Espantados quedaron nuestros buenos esposos con aquella aparición inesperada, que les dejó con la boca abierta y los ojos desecados.

—No os asustéis, dijo la recién llegada, dejando la escoba en un rincón; soy una bruja....

—¡Ave María Purísima! dijeron santiguándose los dos viejos.

—No os asustéis, repito, continuó la recién bajada; soy una bruja, pero no soy de las peores. Pasaba por encima de vuestra chimenea, y he oído vuestras súplicas. Voy á concederos las tres primeras cosas que deseéis; pero pensadlo mucho, no sea que por vuestros inmoderados deseos quedéis peor que estais ahora.

—No tenga vuestra brujería cuidado, dijo la la vieja....

—¡Calla charlatana! dijo el viejo. Señora bruja, vaya descansada: no pediremos sino después de bien pensado; ¡bonito soy yo para pedir cosas malas! Ya verá vd. después que pida.

—Bueno, dijo la bruja; quedad con Dios, y él os dicte las peticiones.

Poco les faltó para bailar de contento á los dos vejetes.

—¡Ahora sí que vamos á ser felices! dijo el marido. Mira tú, añadió, no vayas á pedir alguna barbaridad.

—Tú sí que eres capaz de pedirla, dijo la vieja, que lo que es yo. . . .

—Mira, acabemos la fiesta en paz, sino quieres que. . . .

—Bueno, dijo la mujer; pensémolo mucho, y dejémonos de disputas. Sentémonos á la lumbre y pensemos con detenimiento en las tres cosas que hemos de pedir.

En esto echaron en el hogar un hacecillo de leña seca, que pronto se hizo brasas.

—¡Qué buen rescoldo! dijo el viejo.

—Ya lo creo, dijo la vieja; así tuviéramos una rastra de moreillas para asarlas.

Apénas había pronunciado estas palabras, cataplum! cae por la chimenea una rastra de doce moreillas, gordas, negras y relucientes que esparcieron las brasas hasta los pies de los viejos.

—¡Mala peste te ahogue! gritó colérico el marido. ¡Si no abres la boca más que para rebuznar! ¡Vaya un deseo! Moreillas! pudiendo pedir el oro y el moro. . . . no se cómo no te ahogo!

La pobre mujer no sabía cómo excusarse; comprendía que impremeditadamente, á pesar de tantos propósitos de pensar mucho, había hecho una tontería pidiendo las moreillas.

—Calla, hombre calla, aún nos quedan dos deseos; sosiégate por Dios.

—Sí; sosiégate, ¡estúpida de dos mil demonios! ¡¡moreillas!! Así te se peguen en la punta de la nariz para toda tu vida.

Aún no había acabado de pronunciar estas palabras, cuando dan un salto las moreillas y se pega la última de la rastra en la punta de la nariz de la mujer, que apénas pudo quedar derecha con el peso de aquel negro y colgante adminículo.

—Bárbaro, dijo la infeliz al verse adornada con aquella trompa de elefante; qué va á ser de mí ahora con este rabo!

El viejo, que también impremeditadamente había "deseado," quedó asustado de su propio deseo.

—Calla, mujer, calla, dijo; que yo cortaré las moreillas, y no te quedará más que un pezonico en la nariz.

Pero como el "deseo" fué de que por toda la vida quedaran los embutidos colgados en aquel sitio, no pudo la vieja por más tirones, ni el viejo por más esfuerzos, separar ni un amorecilla.

Lloraba y gemía la vieja al verse con aquel rabo colgante, allí tan á la vista; porque, como ella decía; si estuviera en donde están todos los rabos, con las sayas se taparía; pero en la punta de la nariz, ¡vaya usted á taparlo! Y la pobre lloraba á lágrima viva, y también el viejo estaba confuso y apesadumbrado de su imprudente deseo.

—Calla, mujer, decía para consolarla: lo he dicho sin pensar, como tú dijiste que cayesen. Calla, que aun nos queda un último deseo y pediré que caigan una docena de talegos, y te haré un estuche de oro y diamantes para tapar la rastra de las moreillas: y dos pajes te llevarán siempre ese rabo para que no te pese.

—No quiero, no quiero, gritaba la vieja ver siempre este espantajo delante de mis ojos. Primero me tiro al pozo, que salir á la calle de esta manera, para que vengan detrás de mí todos los gatos del barrio.

—Te haré una funda. . . .

—No quiero funda.

—Pidamos que se me caiga este pendiente.

—Espera, espera, gritaba el marido; pensémolo despacio.

—Sí, decía la vieja: ¡ojalá lo hubiéramos pensado ántes!

—Tú tienes la culpa.

—Tú eres quien la tienes.

Por fin, despues de muchas disputas, repriminaciones y denuestos, y cediendo aunque á su pesar, á las súplicas de la pobre mujer, que estaba sentenciada á oler siempre á cerdo muerto, el marido dijo refunfuñando:

—"Caigan las moreillas."

Y cayeron en el acto, con gran contenta-

miento de la pobre vieja, que se vió libre de aquel desconsolador colgante.

—¡Y qué hemos sacado, dijo con cólera el viejo, de los tres deseos?

—Una buena rastra de suculentos embutidos, dijo la bruja, soltando la carcajada y cayendo de nuevo por la chimenea montada en su escoba. Sí, continuó, una rastra de embutidos y gracias que os ha quedado eso. ¡Os convenceis ahora de que si Dios concediese á los hombres todos los caprichos y satisficiera todos sus deseos, se encontrarían en muchas apreturas? ¡Veis como es mejor dejar á la Providencia que nos dé lo que quiera, y dirigir solamente al cielo las siete peticiones del "Padre nuestro?" ¡Quien, sino Dios, que nos ha criado, sabe lo que nos hace falta? ¡Estais arrepentidos de vuestros inmoderados deseos? ¡Os quejareis más de la Providencia?

Todo esto lo oían los viejos, pero nada contestaban.

—Vamos, prosiguió la bruja; contad en Dios; no tengais tanta soberbia, y comeos las morecillas que algo es algo. Vaya, buenas noches. Y montando en su escoba, se voló por la chimenea.

Miráronse los buenos viejos; guisaron el fruto de sus deseos, y despues de comérselo se acostaron, prometiendo no desear más que lo que Dios quisiere enviarles.

JOAQUIN MARTINEZ LOZANO.

EL MAGNIFICAT.

¡Gloria al Dios de los cielos, al Dios bueno que en esta sierva su mirada puso!

A la luz de sus altas maravillas

Mi dicha brillará de gente en gente,

Y su misericordia soberana

A las almas piadosas y sencillas

Ha de servir de apoyo eternamente.

¡Glorifica á tu Dios, familia humana!

Su brazo poderoso,

Como brazo que abate el cedro altivo

Del Líbano eminente,

Desarmó al orgulloso,

Le hizo en el polvo sepultar la frente;

Rompió los duros hierros del cautivo,

Rompió el arca cerrada del avaro,

Y al que es pobre en el suelo

Dióle perpetuo amparo

Y destinóle por herencia el cielo.

Cumpliendo las promesas

Que hizo en favor del hombre

A nuestros padres míseros un día,

Salvó á Israel y enalteció su nombre.

¡Gloria al Señor! ¡Alégrate, alma mia!

1856.

J. M. Roa Bãrcena

Los tres grados del bien.

(CUENTO.)

EN la aldea de Plouelven (Bretaña) vivía, hace más de un siglo, un rico paisano que se llamaba Cárlos el Justo. Su conciencia estaba pura como las limpias aguas de un cristal de roca; jamás había hecho mal á nadie; jamás, en una palabra, se había salido del camino recto.

Y, sin embargo ¡cosa extraña! Cárlos no era querido; se le respetaba, se tenía fé en su palabra, se admiraba su incorruptible honradez, pero no era querido.

Su presencia causaba un vago sentimiento de temor y de embarazo; los juegos ruidosos de los muchachos, las risas alegres de las niñas, las conversaciones de las comadres, todo se suspendía como por encanto cuando aparecía él; no se le conocían amigos y vivía solitariamente en su casa silenciosa.

Entristecido con su aislamiento y cansado de su existencia monótona, Cárlos el Justo tomó una gran resolución:

"No hay dicha en Plouelven,—se dijo,—

y debe haber en el vasto mundo países en donde la vida sea mejor. Quiero ir léjos á buscar la dicha que no se encuentra aquí."

Y Cárlos vendió su casa y sus tierras, y despues, con los bolsillos repletos de luises de oro, partió en solicitud de la dicha.

Viajó largo tiempo, muy largo tiempo; atravesó muchas veces el vasto mar, visitó ricas ciudades, recorrió campos maravillosos, exploró selvas seculares, en donde, en un mediodía fresco y dulce, se oían incomparables cantos de pájaros; remontó montañas cuya cima tocaba las nubes; descendió á valles profundos y tranquilos en donde vivían pastores; se detuvo en las orillas de lagos azules; en ninguna parte encontró la dicha.

Pero caminó tanto y tanto, que un día llegó al fin del mundo. Allí vió Cárlos levantarse una magnífica ciudad, cuyas casas tenían los techos de piedras preciosas que brillaban como el sol. Se escapaban de esta ciudad ruidos de cantos, de risas alegres, de voces de jóvenes que oraban. Alrededor de todo se elevaba un recinto de cristal, en el que había una puerta, sobre la cual leyó Cárlos esta inscripción:

"Es aquí el reino de la felicidad.

No entrarás en él si no eres digno.

—¡Ah!—se dijo Cárlos lleno de alegría—llego, pues, al fin de mi carrera. Mis pasos no han sido en vano. Voy al fin á conocer la felicidad.

Tres escalones le separaban de la puerta; el primero de plata, el segundo de oro y el tercero de puro diamante. Cárlos avanzó para subirlos, pero una fuerza misteriosa encadenó sus pies en la base del primer escalon, y oyó una voz que le decía:

—¿Qué has hecho tú para entrar aquí?

—Se me llama Cárlos el Justo,—respondió el breton con cierta altivez;—esto es, nadie tiene que reprocharme; y no creo haber cometido jamás una mala accion ni hecho mal á nadie.

—Esto es muy bello sin duda,—replicó la voz,—pero no es bastante; evitar el mal, observar la justicia, no es toda la ley divina; es necesario también hacer el bien, practicar la caridad. Tú lo has olvidado. Cárlos el Justo; vé, vuelve entre los hombres, y no regreses sino cuando hayas merecido llamarte Cárlos el Bienhechor. Entónces esta puerta se abrirá para tí.

Cárlos bajó la cabeza humildemente y se fué.

Dos años despues se presentó de nuevo en la puerta de la ciudad dichosa, y esta vez pudo subir el primero de los tres escalones, el de plata; pero le fué imposible franquear el segundo: la voz que le habló la primera vez se dejó oír entónces.

—Cárlos, ¿qué has hecho tú para entrar aquí?

—Me he acordado,—dijo Cárlos,—de un hombre generoso á quien debo mi fortuna; él me prestó, cuando yo era jóven y pobre, dinero de que necesitaba para comprar tierras y comenzar su explotacion; cuando le pagué mi deuda no quiso recibirme intereses. Fuí á visitarlo, lo encontré pobre á su vez y le dí la tercera parte de mis riquezas.

—Has obrado bien, has mostrado un corazon agradecido; pero es fácil obligar á aquellos que han sido buenos con nosotros; hacer bien por bien es el primer grado de la caridad. Véte y haz más todavía.

Y Cárlos partió; despues de una ausencia de dos años volvió otra vez. En ésta pudo subir el escalon de oro, pero el de diamante le detuvo.

—Cárlos,—dijo la voz misteriosa,—¿qué has hecho para merecer entrar aquí?

—Fuí á la Bretaña, á mi aldea de Plouelven, renní á los pobres de la comuna en el mayor número posible y les distribuí el segundo tercio de mi fortuna.

—Yo te apruebo,—contestó la voz.—Hacer el bien á aquellos que no han hecho nada por nosotros, ni bien ni mal, es el segundo

grado de la caridad, pero no el más elevado. Vete y haz más aún.

Y por tercera vez Carlos regresó á donde los hombres; los cabellos de Carlos habían blanqueado, pero una especie de brillo iluminaba su noble rostro, una inefable expresion de bondad había dulcificado el aire de franqueza viril y de resolucion altiva que le era habitual.

Sin que nada le detuviera, Carlos subió el escalon de plata, el escalon de oro y el escalon de diamante, y agitado por una profunda emocion, tocó en la puerta de la ciudad de la dicha.

La puerta se abrió y la voz que él conocía preguntó:

—Carlos, ¿qué has hecho para merecer entrar aquí?

—Tenía un enemigo,—dijo Carlos,—un hombre rudo y violento que me había insultado gravemente. Fuí á verlo, lo perdoné y le dí el resto de mi fortuna.

—Hacer el bien á aquellos que nos han hecho mal es el grado supremo de la caridad. Entra y sé dichoso, lo has merecido.

La puerta se abrió de par en par y Carlos entró.

CANTICO.

El Sér Omnipotente cuya mano
Cielos y tierra y mar formara un dia,
Y que al linaje humano,
En justa pena de la culpa impía
De nuestros padres, condenó á la muerte
Y á nacer miserable
En la funesta condicion de esclavo,
Para dar una muestra señalada
De su alta estima á Aquella en cuyo seno
Debe albergarse por salvar el mundo,
Hizo que toda fuese Inmaculada,
Vaso de gracia lleno,
De la impureza original exenta;
Terror y pasmo del dragon inmundo
En quien su planta poderosa asienta.
¡Alto honor; suma gloria
Concedida á la humana criatura!
Perdió el pecado su fatal victoria,
Y el dulce imperio de la paz augura
Al mundo estremecido de alegría
La Concepcion sin mancha de María.

J. M. Roa Bárcena.

EL ROSARIO

DE UNA MADRE.

I

UN estudiante que había perdido por completo el fervor de sus primeros años, volvía un dia de paseo, cuando hé aquí que pisa un objeto negruzco que resulta ser un rosario. Su primer pensamiento fué dejarlo donde estaba, y seguir su camino. Mas luego se acuerda de su antigua devocion á María Santísima, recoge el rosario, lo limpia con cuidado y dice echándose en el bolsillo:

—Si no puedo devolverlo á la persona que lo ha perdido, lo entregaré á la misma celestial Señora, pues todos los rosarios están consagrados á ella. Voy á dejarlo sobre su altar, en la primera iglesia que encuentre.

En efecto, tan pronto como ve una iglesia, entra en ella y va derecho al altar de la Virgen sin mancha. María esperaba ahí á su hijo extraviado, y la buena Madre así le habla al corazon:

—Reza el rosario ántes de dejarlo sobre el altar.

El estudiante, conmovido, sigue esta inspiracion, se hinca de rodillas y, como en otros tiempos, en presencia de la Virgen, reza piadosamente el rosario que se le pide. Mientras tanto la buena Madre le habla una vez más al

corazon, y le dice de un modo más claro y terminante:

—En tu niñez tú oíste la voz de JESUS que te decía: "Hazte sacerdote, hijo mío:" mas tú no le has hecho caso al llamamiento de mi Divino Hijo. Y sin embargo, el ser sacerdote es tu única vocacion: vuelve á tu primer fervor y sigue la voz que te llama.

Estas palabras hacen una impresion profunda en el alma del jóven. Así que, despues de haber reflexionado algun tanto y orado con extraordinaria devocion, exclama por fin:

—Sí, mi buena Madre, ya estoy resuelto: yo vuelvo á vos. Todos mis estudios serán de hoy en adelante dirigidos hacia el sacerdocio; y si yo no soy demasiado indigno de tan excelsa dignidad, seré un dia sacerdote de JESUCRISTO.

El cumplió su palabra: y pues una gracia á la que se corresponde, llama una gracia más preciosa aún, nuestro jóven estudiante tuvo á su tiempo la dicha de ser ordenado sacerdote, y fué un sacerdote muy celoso. Sin hablar de sus demás ejercicios de piedad, él se complacía muy particularmente en rezar cada dia su rosario, sirviéndose para ello del mismo rosario que se había encontrado en el camino y que le había valido la gracia de su santa devocion.

II

Algunos años más tarde la divina Providencia dispuso que ese jóven sacerdote fuese nombrado capellan de hospital. Un dia llevaron ahí á un pobre enfermo, quien no bien fué recostado en el lecho que le aguardaba, asombró á todos con las palabras siguientes, pronunciadas con un acento que revelaba la mayor desesperacion:

—No me habléis nunca de religion; yo soy un incrédulo y no creo en nada.

Sin embargo, el Capellan no dejó de visitarle, mostrándose muy cariñoso para con él. Mas el enfermo lo rechazó indignado. Entonces le dijo el sacerdote:

—Amigo, yo voy á rezar un rosario por usted.

—¡Un rosario!—exclama furioso el paciente: no me hable usted de rosarios.

—Este rezo podrá hacerle á usted algun bien.

—Al contrario, señor Capellan, el rosario es la causa de todas mis desdichas.

—¿Cómo es eso, amigo mío? ¿Qué quiere usted decir con eso?

—Yo se lo diré todo, señor abate, puesto que usted así lo desea:

Cuando era aun muy niño, mi madre me hacía rezar con ella el rosario todos los dias. A la edad de trece ó catorce años tuve que ir á la villa á aprender un oficio. Allí los malos compañeros me arrastraron al mal, y poco á poco fué la religion borrándose de mi corazon. Mientras esto sucedía, se me llamaba un dia muy de repente á mi casa. Mi madre estaba muriéndose. Por no afligirla contrariándola, yo le prometí todo cuanto me pedía: hasta le dí mi palabra que rezaría cotidianamente la tercera parte del rosario. Entonces mi pobre madre me dió su rosario, el mismo que ella había usado por muchos años. Despues del entierro de la autora de mis dias, el demonio me sugirió la idea de desprenderme de ese rosario y tirarle. Obedecí y arrojé al suelo, con el mayor desprecio, el rosario de mi buena madre. Desde entonces no ha habido desdicha que no me haya caído encima: la maldiccion de Dios me ha perseguido en todo tiempo.

Aquí calló el enfermo, muy agitado y presa, al parecer, de los más vivos remordimientos. El sacerdote, muy conmovido tambien, le preguntó:

—¿En qué mes y en qué año sucedió todo eso?

Y habiendo recibido una contestacion precisa á la pregunta, saco su rosario del bolsillo y dice:

—Amigo mío, ¿conoce usted este rosario?

—Es el rosario de mi madre, exclamó el

enfermo, agarrándolo con amor y besándolo repetidas veces, llorando de ternura.

—Pues bien, replicó el Capellan, este rosario que usted llama la causa de su desdicha, ha sido para mí la causa de mi dicha: á él debo la gracia de ser ministro de JESUCRISTO, y á él será usted deudor de la felicidad eterna.

—Sí, señor abate, yo quiero confesarme.

—Mañana vendré á administrarle á usted los últimos Sacramentos. Entre tanto le dejo á usted el rosario para que usted repare su falta: volveré á tomarlo más tarde.

Algunos dias despues, el enfermo murió dándole besos y más besos al rosario de su madre, y despidiéndose de la vida dichoso y purificado. Mas el sacerdote volvió á tomar posesion de su pobre rosario, asegurando que tan precioso recuerdo no le dejará hasta que se rece su última "Ave María" en este valle de lágrimas.

PENSAMIENTOS.

La Fé, poder sobrehumano,
don del cielo, luz del alma;
con ella, ¿qué no es posible?
¡Hasta mueve las montañas!

Dime tú, materialista,
que el alma no crees eterna,
¿tuviste amor á algun sér
que ya no vive en la tierra?

*Angel Lasso de la Vega
J. M. Roa Bárcena.*

EL "PADRE NUESTRO" DE UN AVARO.

Fué á confesarse un avaro, y preguntándole el sacerdote si sabía el "Padre nuestro:"

—Señor,—contestó el penitente,—lo he aprendido muchas veces, pero al momento se me olvida, porque tengo muy mala memoria.

—Pues ya te lo enseñaré de modo que no lo olvides jamás. Pero por ahora, y para que escarmientes, te impongo como penitencia la obligacion de prestar sin réditos en esta semana á todos los que vayan á pedirte algo en mi nombre.

Al dia siguiente se presentó en casa del usurero un pobre hombre, que de parte del señor Cura le pidió prestada una cantidad.

—¿Cómo te llamas?—le preguntó el avaro despues de haberle entregado lo que le pedía.

—Pues me llamo "Padre nuestro."

Fué otro más tarde, y le pidió otra cantidad, diciendo que se llamaba "Que estás en los cielos;" y despues otros que aseguraron llamarse..... las otras palabras de la oracion dominical.

Volvió al confesonario el usurero, y el Cura le dijo:

—¿Has cumplido mi encargo?

—Sí, señor, lo he cumplido.

—Pues dime á quiénes has prestado en mi nombre.

—"A Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre...."

Y recitó perfectamente todo el "Padre nuestro."

—¿Ves?—dijo el sacerdote;—esta vez no se te ha olvidado la oracion, con lo cual demuestras que tienes buena memoria.... cuando te conviene.

ANECDOTA.

Un provinciano fué á Madrid á pasar unos dias hospedándose en casa de un amigo. Al cabo de dos semanas, cansado éste de las molestias que su huésped le ocasionaba, le dijo:

—¿Pero no considera usted que está haciendo falta á su mujer y á sus hijos?

—Sí, señor; tiene usted razon. Hoy mismo les he escrito que vengan.